Núm. 3. SEGUNDA SERIE. FEBRERO 9 DE 1840

La Redaccion y administracion se hallan establecidas en la plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

LA ESPERANZA.

PERIÓDICO DE LITERATURA.

Se suscribe en Madrid en la libreria de Cuesta, frente á las covachuelas, y en la estamperia de Valle, calle de Carretas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografia, y se publica un tomo de novelas. *Precios de suscricion*: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. *Con novelas*: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

Un imposible.

(Conclusion.)

IV.

El rayo que hubiera caido sobre la frente de Carlos no hiciera en él mas efecto que la lectura de aquella carta. Al pronto la fuerza de su dolor le deja insensible.. Al silencio sucede la desesperacion, la rabia; y corre exhalado á la presencia de la que con tan terrible fallo ha pronunciado el decreto de su infelicidad y de su muerte.

—«Señora, esclama, ¿qué os he hecho para que así destruyais de un solo golpe todas mis ilusiones? ¿No habeis lisongeado mi amor con falaces esperanzas, sino para burlaros despues de mi dolor mas á vuestro placer? Ah! volvedme á Elisa, ó quitadme la vida que sin ella me es odiosa.

—No me culpeis, Carlos, replicó Teresa con tranquilidad afectada y con la espresion de una dulce piedad. Yo os estimo; y hartas ruebas os he dado ya de un invariable aprecio. Pero ya os lo he dicho, un secreto terrible se opone á nuestra comun felicidad; y es fuerza que para siempre renunciels á Elisa.

—¡Renunciar á Elisa! ¡Nunca! No hay poder en el mundo capaz de separarme de ella.

—Carlos, mirad lo que decís. Pensad que cuando yo misma me resuelvo á causar á mi querida, á mi única hija, un dolor tan profundo, muy grande ha de ser la causa.

—Ah! si alguna vez hubiéseis esperimentado el horrible tormento de perder al objeto de un ardiente cariño, os moviera á piedad nuestra suerte, y revocárais tan cruel sentencia. Pero vos no lo sabeis.... nunca vos habeis amado.

—¿No he amado? Pluguiese á Dios! ¿Pensais que me son desconocidos los tormentos del amor?... Los conozco.... sí... harto los conozco... Sé las penas que cuesta un amor desgraciado; y las de tener que renunciar á las mas dulces ilusiones... y otras mas horribles todavía.

—Pues siendo así, ¿por qué verterlas todas sobre la cabeza de vuestra infeliz hija?....

—Porque así lo decreta el destino; porque debeis huir uno de otro; porque consintiendo en vuestro enlace, atraeria sobre mí la maldicion del cielo y de los hombres, y me haria digna del castigo eterno.

—Cielos! hablad, pues: decidme ese fatal secreto.

—No, no querais penetrar un arcano que ni os es útil á vos el conocerlo, ni á mí me está bien el revelarlo.

—Inútil subterfugio!... Os comprendo; y en vano quereis ocultar vuestras ideas, envolviéndolas en las nubes de un fingido misterio... Mi nombre sin duda no os parece bastante ilustre, mi caudal bastante pingüe...

—Qué ideas me suponeis! Yo dejarme arrastrar por la vanidad ó la codicia!.... Si os quise y os admití por hijo mio cuando solo os creia pariente de un pobre sacerdote, os retiraria mi palabra cuando ofreceis á mi Elisa una suerte venturosa?... Ah! ojalá fueseis me-

nos todavía! Ojala viese en vos solo el hijo del mas humilde labrador de estos contornos!.... Carlos!.. Amigo mio, yo os compadezco... Compadecedme á mí tambien, pues me reduce la suerte al triste estado de labrar la desventura de cuanto mas amo en este mundo.

Teresa se dejó caer sobre un sofá, y ocultando su rostro entre sus manos derramaba un torrente de lágrimas. Carlos, fuera de sí, despues de haber recorrido la sala con pasos desiguales y las facciones terriblemente alteradas, se paró de nuevo delante de ella y esclamó.

—¡Perderla! perderla!.... No: ella ha de ser mia; porque nada en el mundo es bastante á separar dos corazones que se aman. Lo juro; será mia... mia á despecho del universo entero. Nada me detendrá: ni autoridad paterna, ni respetos sociales... estoy dispuesto á atropellar por todo.

—Insensato! dice interrumpiéndole Teresa y levantándose de pronto. A tal punto desconoceis la virtud de Elisa? Pensais que como á vos la cegará una frenética pasion? No, sabed que basta un solo mandato mio para hacerla renunciar á todos los bienes de este mundo. En vano os lisonjeais con una criminal esperanza. Vuestro loco furor no será capaz de arrastrarla á la desobediencia.

—Lo sé; pero ¿lo sereis vos de obligarla á contraer á pesar suyo otros nudos que repugne?

—Ah! eso no, nunca!

—Pues bien, ambos respetaremos vuestros mandatos; ambos sabremos sufrir, pero nos amaremos siempre. Y aunque la fria vejez entorpezca nuestros miembros, el hielo de la edad no penetrará hasta nuestros corazones.... Un dia acaso, no pudiendo ya vuestra voz contener nuestros deseos, cumpliránse por último, y bien que tarde ya, gozaremos el fruto de nuestra eterna é inalterable constancia.

—Y bastará ese momento solo para haceros criminales... Tiembla, desgraciado, que tus funestos deseos se cumplan. Pide antes al cielo que te sepulte en las entrañas de la tierra... Pidele que aniquile tu ser... Sabes lo que apeteces? Sabes que mientras permanezcas en este sitio, mientras hablas á esa infeliz de tu funesto amor, cada palabra tuya, cada gesto es una maldad; y todo en torno de tí respira el crimen... el incesto?

—El incesto!

—Sí, sábelo por fin ese terrible secreto.... pero sábelo tú solo. Escucha y estremécete.... Ven... acércate... no lo oiga nadie... Elisa sobre todo... Infeliz! infeliz hija!.... Ah! quiérela siempre; lo debes, pero casarte con ella... nunca.... La naturaleza os une y os separa... es tu hermana.

—Mi hermana!

Petrificado quedó Carlos al oir esta palabra. Dejóse caer en una silla y permaneció en ella inmóvil y abismado en su dolor. Sentóse á su lado Teresa; y temerosa de que su ardiente caracter le condujese á algun esceso, procuró dirigirle palabras consoladoras. El las escuchó con indiferencia; y dando por último un prolongado suspiro:

—No temais, dice, los estremos de mi dolor; cuando este es escesivo, la naturaleza agobiada bajo tamaño peso, pierde toda su energia... Ah! solo la resignacion, la triste resignacion me queda.

Teresa para calmarle le habló de esta manera:

Aprended de una muger á haceros superior á vuestra contraria suerte, ó por mejor decir á ser dichoso á pesar suyo. Hija única y adorada de mis padres, veia correr los dias de mi juventud en medio de los placeres inocentes permitidos á mi edad; y el puesto importante que ocupaba mi padre en el mundo, junto con la tal cual hermosura de que quiso dotarme el cielo, me prometian un porvenir venturoso, mediante algun enlace ventajoso correspondiente á mi clase y circunstancias. Víme en breve rodeada de amantes y adoradores; pero el único que logró cautivar mi corazon fue vuestro padre. Joven y militar, poseia todas las prendas que hacen á un hombre amable; mas solo usaba de ellas para seducir á las que incautas escuchaban sus pérfidas palabras. No os pintaré todas las artes de que se valió para engañar mi crédula inesperiencia. Vencida por la ocasion, por mi propio cariño y confiada demasiado en sus aleves promesas, le hice dueño de mi honor. Marchóse poco despues con su regimiento, mas ni siquiera recibí una carta suya. Traté de saber de él; y averigué entonces que hacia ya años que estaba casado y que su esposa vivia en Barcelona casi abandonada de él á pesar de sus virtudes y hermosura. ¡Cuál fue entonces mi desesperacion!

Aterrada con la idea del deshonor, y no sintiéndome con valor para sostener la vista y reconvenciones de mis padres cuando ya no pudiera ocultar mi estado, huí de mi casa, y vine á ocultarme en esta aldea donde dí á luz Elisa. A poco tiempo ocurrió en Madrid el terrible dia dos de Mayo, en que fue mi padre asesinado. Al saber esta noticia corrí á consolar á mi madre, mas, ay! llegué cuando ya tambien estaba espirando á impulso del sentimiento. La infeliz me perdonó mi culpa, y yo, despues de haber recogido lo que pude de la herencia de mis padres, volví á fijarme en este mismo pueblo donde solo he pensado ya en educar á mi hija. El tiempo, la resignacion, y la práctica de las virtudes, volvieron por fin á mi pecho la paz y la alegría que le habia arrebatado una pasion funesta. Ya veis si el amor me ha maltratado aun mucho mas que á vos; solo teneis que renunciar á un afecto que ya sería criminal en adelante; pero no habeis sido como yo burlado por el objeto de vuestro cariño, ni habeis perdido el derecho de ser amado de otra persona que en sus brazos os haga olvidar una pasion malograda.

Calló Teresa, y vió con placer la frente del joven serenarse; tan cierto es que el mejor bálsamo para nuestros males es el compararlos con los que otro mas desgraciado padece.

—Ah! yo sabré vencerme, dijo: sabré cambiar los ardientes fuegos del amor vehemente que me abrasa, por los templados rayos del suave fraternal afecto; pero Elisa, la sensible Elisa, tendrá igual filosofia? Bastará á calmar su desesperacion el conocer los lazos con que nos ha unido naturaleza?

—Conocerlos! esclamó Teresa. Pues qué, pensais que yo consienta en deshonrarme á los ojos de mi hija? Pensais que permitiré poner ante el terso espejo de su virtud, la imagen de mis debilidades? No; ignore Elisa eternamente que sois su hermano. No es necesario que lo sepa para vencer su amor. El tiempo y las distracciones, junto con él cariño y consejos de su madre, engendrarán un olvido que yo supe obtener en medio de mas crueles circunstancias.

En vano insistió Carlos sobre que aquel secreto fuese revelado á Elisa. Su madre se opuso á ello con el mas inflexible teson, y juró que nada en el mundo la obligaria á descubrírselo.

V.

Pocos meses despues de la escena que acabamos de referir, la casa de Teresa presentaba un aspecto lúgubre y sombrío. En una vasta alcoba y á la escasa luz de una bujía, se descubrian varias personas agrupadas al rededor de la cama de un moribundo. Era este una jóven como de diez y seis años, hermosa á pesar de su palidez y de los estragos de la mortal consuncion que la habia conducido á aquel estado; hallábase incorporada en el lecho, merced á un gran número de almohadas que la sostenian, y reclinaba su doliente cabeza en el pecho de un caballero anciano, de nobles facciones y blancos cabellos, que derramaba un torrente de lágrimas, y exhalando de vez en cuando un hondo y acongojado suspiro, esclamaba con dolor: Hija mia! hija mia!— Hé aqui mi obra..... yo soy la causa de tu muerte!

Aquel hombre se llamaba don Patricio y erael padre de Elisa, á quien el buen cura habia escrito descubriéndole el asilo de Teresa y su hija, y exhortándole á acudir al socorro de esta, que víctima de una pasion de ánimo, por ignorar la causa del desvio é ingratitud de su amante, se hallaba al borde del sepulcro. Al lado suyo estaba Carlos arrodillado, sofocado por los sollozos, y ocultando su faz en ambas manos apoyadas en el lecho. Una muger, Teresa, tenia agarradas las de su hija y las bañaba con sus lágrimas. Al pie de la cama oraba con semblante abatido y resignado el bondadoso don Anselmo.

—Hija, hija mia, esclamaba, don Patricio: abre los ojos, mira á tu padre, mírale á tu lado que llega ansioso de conocerte, de abrazarte y labrar tu felicidad!

—Padre... felicidad!..... responde Elisa con desmayada voz. Para mí no hay padre, felicidad.... Ni uno ni otro he conocido.

Alza entonces la vista dirigiendo sus miradas lánguidas hácia su padre, sonrie dulcemente y hace un esfuerzo para continuar hablando: mas una fuerte palpitacion se apodera de su pecho, y ahogándola amenaza apresurar el terrible momento.

Los gritos, los llantos resuenan en la alcoba. Elisa hace un nuevo movimiento, estiende los brazos, llama, todos se agrupan en

torno suyo. Padre... Carlos... hermano mio... dice por último con voz moribunda, á que apenas deja paso la escesiva fatiga que la oprime: Venid, que os vea, que os abrace por la última vez... padre mio... este es el momento que esperaba para pasar á otra vida.... dadme vuestra bendicion. La palabra espiró en sus labios, y el Señor contó desde aquel momento con un angel mas al rededor de su trono.

A los quince dias de este suceso, Teresa, la madre de Elisa se llamaba Sor Dolores. No quiso ya admitir la oferta que don Patricio la hizo de su mano, y fue á encerrarse á llorar á su hija en la soledad de un convento.

En cuanto á Carlos, sin duda no tardó mucho en consolarse de su amarga pena, pues á los tres meses se hallaba ya en un baile del embajador de España en Paris.

I. Gil.

Aventura

DE UN GATO GALAN.

Existe en un rincon de la biblioteca real de Paris un manuscrito que refiere los acontecimientos que tuvieron lugar en la familia á la que pertenecia, la fecha de los nacimientos y de las defunciones, la de los casamientos, aventuras escandalosas, reflexiones políticas y morales, cuentos &c.

En la página 31 de este manuscrito, se lee:

«Ayer, 20 de diciembre de 1573, se ha celebrado en la iglesia de san German el casamiento de la señora Rosa Catalina de Quinquebeuf y del señor Pedro de Ru, capitan de los arqueros de la ciudad.

«Este casamiento ha sido el resultado de la famosa aventura de un gato galan, que sucedió en el fuego de san Juan de dicho año.»

Hé aquí la famosa aventura:

El 23 de junio de 1573 en un ángulo de la plaza de Grève, y junto á la línea que formaban los arqueros de Paris, para que el populacho no se apiñara al rededor del fuego, se hallaba una muger de hermosa apariencia, ricamente vestida, pero revelando en sus miradas una dósis de orgullo demasiado escesiva en una hija del pueblo, que se habia elevado á la clase de señora por haberse casado, gracias á su dinero, con el caballero de Quinquebeuf, á quien habia perdido hacia un año. Como entre los infinitos caballeros que la obsequiaban no habia uno que hubiese podido proporcionarle una ventana para ver los juegos, determinó ir á pie acompañada de cinco ó seis de los que mas finamente le rendian homenage. Pero no hubiera podido penetrar en la plaza, si Pedro de Ru no hubiese conocido á los hidalgos que la acompañaban, y no hubiese dado orden á los arqueros para que los dejasen pasar. Esta fue la primera vez que vió á la señora Catalina; y como era estremadamente hermosa, le gustó y le manifestó que habia sido una felicidad para él el haberla podido servir. La señora de Quinquebeuf le contestó con orgullo, y el capitan se retiró muy mortificado, pero sin poderse incomodar con aquella desconocida, y la razon era muy sencilla: habia quedado prendado de su belleza. Colocóse pues á alguna distancia de ella, y observó la conducta que guardaba con los hidalgos que la escoltaban; vió que se hacia servir de ellos como hubiera podido hacerlo una reina, pero no le fue dado descubrir si dividia su trono con alguno. Sí notó que se complacia en hablar con una vieja que estaba á su lado, y que por espacio de dos horas, no habia cesado de llorar ni de lamentarse.

El capitan veia que la señora y los hidalgos se reian de las lágrimas de la vieja, y acercándose á ellos para conocer la causa que motivaba aquellas demostraciones de tan opuestos sentimientos, oyó esclamar á la vieja, dirigiéndose á uno de los caballeros:

«Por san Juan, caballero, que quisiera veros cara á cara con él, y apuesto á que sus bigotes aterrarian los vuestros, porque son mas grandes y estan mas retorcidos que los de esos lacayos que vienen sirviendo á una princesa de pie.

—Oiga la abuela, dijo Pedro de Ru, no insulte á esa noble señora, ó la mando prender por mis arqueros y encerrar en la cárcel.

—Eso, eso es, dijo la vieja; y por qué viene á confundirse con nosotras? No basta que los cortesanos se apoderen de nuestro dinero y de nuestros animales para la fiesta, sino que tambien quieren usurparnos el puesto para verla?

—Os digo que calleis, añadió de Ru.

—Caballero, dijo entonces la señora Catalina, esa buena muger me divierte y vos sois demasiado oficioso.

El capitan se retiró jurando en su interior que humillaria el orgullo de aquella muger siempre que se le presentase ocasion para ello: y no oyó que Catalina se informaba de quien era él, porque le habia llamado la atencion su buena presencia y la elegancia con que apoyaba la mano en el pomo de su espada, como si digera: «Hé aquí la que responde por mí.»

Sin embargo el rey Carlos IX habia llegado. Se le entregó una vela de cera blanca de dos libras; S. M. se acercó al arbol de san Juan, prendió fuego á los haces de leña que estaban amontonados, y fue á colocarse en el balcon de la casa de la ciudad. Las llamas se fueron apoderando poco á poco de las ramas, muebles viejos y pipas vacias que rodeaban el arbol. Los gatos, amarrados y sujetos hasta entonces al pie del arbol, se lanzaron en todas direcciones, los unos trepando por el arbol para caer en la hoguera encendida al pie, otros precipitándose rabiosos en ella y mayando con tal estrépito que dominaban el ruido de los clarines. De pronto y de en medio de las llamas, se vió salir un gato mayúsculo que subió hasta la punta del mastil, y que desde aquella altura lanzaba á su alrededor miradas tan encendidas como el fuego, y al mismo tiempo se oyó por encima de las risotadas de la muchedumbre la voz de una vieja que gritaba: Alli está Marcial, mi gato Marcial. Marcial, Marcial!

Era la vieja que estaba al lado de la señora Catalina y que habia reconocido su gato. El animal reconoció tambien la voz de su ama; porque en el momento en que iba á desaparecer en los torbellinos de llamas, dió un salto prodigioso, y cayó mas allá del círculo de fuego que rodeaba el arbol, dirigiéndose hácia donde estaba su ama en medio de las carcajadas de la corte y del pueblo, sorprendidos de ver la intrepidez de aquel animal.

Pero con aquellas risotadas se confundieron gritos agudos y deplorables. En efecto, el gato al tiempo de huir se refugió debajo del brial de la señora Catalina, y la arañó en términos que cayó desmayada en los brazos de los hidalgos que la acompañaban. Mientras que estos la retiraban, el capitan de Ru, vió en el suelo una franja de raso blanco, bordada de oro, y conoció que era la liga de la señora Catalina que se habia desatado mientras que el gato desgarraba su blanca piel, mucho mas fina que sus ligas. El capitan la recogió y la guardó como una cosa preciosa, pero sin prever que deberia á ella su felicidad y la recompensa de su amor.

La señora de Quinquebeuf estuvo por espacio de un mes en cama de resultas de la aventura del gato, y todos los dias fue el capitan á informarse de su salud. Esta atencion complació estraordinariamente á la orgullosa Catalina, lo que proporcionó á de Ru el visitarla cuando se halló enteramente restablecida. El capitan se consumia en inútiles miradas, y sus galanteos no recibian ninguna recompensa, porque la hermosa viuda era tan insensible como coqueta; pero hablando un dia delante de ella de un casamiento que iba á efectuarse, dijo el mas joven de los caballeros: «Yo seré el mas favorecido de la fiesta, porque desataré la liga á la novia.»

—No sé, dijo la señora Catalina con cierto desprecio, cómo una muger pueda someterse á tan ruin ceremonia; yo la eludí el dia que me casé con Quinquebeuf.

Inspirado por el amor, dijo de Ru con mucha viveza:

—Si no lo permitisteis cuando os casasteis, lo habeis sufrido otro dia, porque tengo en mi poder una liga vuestra que os fue arrebatada por un insolente muy terrible.

Catalina se ruborizó y esclamó:

—Es falso lo que decis, y siento no tener un hermano ó un marido que pudiera castigar tanta jactancia.

—No necesitais de hermano ni de marido, contestaron todos los hidalgos presentes, y si lo permitis, obligaremos al capitan de Ru á que se arrepienta de sus falsos asertos.

—Poco á poco, señores, replicó el capitan: cuántos duelos me proponeis? Siete, sino me engaño, y los acepto todos, pero con la condicion de que habeis de admitir una apuesta.

—Sepamos cual es, digeron todos.

—Apuesto á que antes de dos dias presentaré muerto ó vivo, como querais, al insolente que arrebató la liga á la señora de Quinquebeuf, y apuesto tambien mil libras á que ninguno de vosotros, despues de haberle visto, se atreverá á decir que yo he mentido.

Los caballeros se sorprendieron al oir tal proposicion, y la señora de Quinquebeuf, les dijo:

—Aceptad, caballeros, aceptad; yo respondo de que ganareis la apuesta, porque si la perdiéseis, yo habria sido una muger sin honor, y juro en presencia de Dios que nunca he faltado á él.

—Aceptamos, dijeron, y despues de haber ganado la apuesta, vengaremos vuestro honor ultrajado.

—Y si la ganase yo, dijo con impasibilidad de Ru, os batiriais por una muger que se ha dejado desatar la liga por otro?

Todos se miraron con indecision, y de Ru continuó:

—Vacilais? Pues yo soy mas generoso que vosotros; y no solo me batiré, sino que tambien ofrezco á la señora garantizar su honor con mi mano. Aceptais, señora?

—En caso de ganar me ofreceis vuestra mano? preguntó sorprendida la hermosa viuda.

—Sí, señora.

—Nada arriesgo; acepto.

—Bien! dijo de Ru; pasado mañana á estas horas presentaré en este sitio al muerto ó al preso.

—Al preso, caballero, porque quiero preguntarle, dijo la señora Catalina algo picada.

—Y tendrá tambien que respondernos de su insolencia, dijeron los hidalgos.

—De Ru salió sonriéndose y se retiró.

El dia convenido cuando se hallaban todos reunidos, llegó el capitan con cuatro criados que traian un enorme arcon. Mandó que le colocaran en la pieza en que debia decidirse el resultado de tan estraña apuesta, y sacó de su jubon la liga de la señora de Quinquebeuf.

—La reconoceis por haberos pertenecido? le preguntó.

Catalina se ruborizó de sorpresa; pero no queriendo mentir, contestó que en efecto la habia pertenecido aquella liga, pero que seguramente la habia perdido.

—No, señora, no la habeis perdido, os ha sido arrebatada, y ese arcon encierra al insolente que incurrió en tal temeridad.

—Veámosle! dijeron los hidalgos.

—Despacio, señores, replicó de Ru, le traigo atado, porque podria haceros retroceder si sus bigotes se hallasen al lado de los vuestros.

Abrió el arcon y vieron todos al gato de la vieja que tan felizmente se habia oculado debajo del brial de la señora de Quinquebeuf.

Todos soltaron la carcajada, acordándose de la aventura del fuego de san Juan.

—Puede jurar alguno de vosotros, les preguntó el capitan, que he mentido?

—Ninguno, contestaron, y pagaremos las mil libras.

—Y vos, señora, confesais haber perdido? cumplireis vuestra palabra como estos hidalgos?

Todos esclamaron diciendo que no era justo que una señora á quien todos amaban hacia tanto tiempo, diese la preferencia de su mano á un recien venido que no podia amarla tanto como ellos, y que triunfaba por medio de una astucia.

La señora de Quinquebeuf se quedó un momento pensativa y luego contestó:

—No sé si su amor es menos ardiente que el vuestro, pero sí puedo asegurar que ha sido mas ingenioso para arrancarme una promesa. Ademas, no puedo olvidar que casi habeis dudado de mi honor al ver esa liga, y como ahora me gusta estraordinariamente, permitiré á mi marido que me la ate.

El capitan se casó con la viuda de Quinquebeuf, y en prueba de agradecimiento recogió en su casa á la vieja cuyo gato le habia arrebatado, y al mismo gato que es el protagonista de esta verdadera historia.

La lámpara

DE S. JUSTO.

(Concluye el artículo del número anterior.)

Quince meses despues de la escena que llevamos descrita, Juan de Lille-Jourdain se hallaba sentado en un cojin á los pies de la hermosa Eloisa de la Beaume, refiriéndola la relacion de sus gloriosas aventuras. La orgullosa Isabel de Levis, madre de Juan, contemplaba aquel bello grupo, formado por la gentil presencia de la joven, recostada muellemente en un ancho sitial de éba-

no, y la graciosa apostura del mancebo, reclinado á sus pies y casi prosternado delante de ella como si estuviese delante de una santa imagen. El dia siguiente era el señalado para su boda, y la madre de Juan se gozaba en su obra, pues ella era la que á favor de este enlace iba á terminar las disensiones que hasta aquel dia habian mediado entre las familias de Lille-Jourdain y de la Baume.

Iba acercándose la noche, y la escasa luz que penetraba al traves de los góticos cristales alumbraba desigualmente la estancia; la puerta de esta se abrió de pronto y una muger cubierta con un denso velo negro se presentó en ella. Juan se levantó bruscamente y preguntó á la desconocida que era lo que buscaba de aquel modo y en hora tan desusada. Eloisa se estremeció temiendo oir alguna confianza amorosa que destruyese todas sus ilusiones.

—Juan de Lille-Jourdain, dijo la tapada con voz solemne, no es esta Eloisa de la Baume, tu desposada?

—Sí, contestó él.

—Bien está, repuso la desconocida y volviéndose á cerrar la puerta minuciosamente, vino á colocarse en seguida frente á frente de Eloisa.

—Hermosa es! muy hermosa! esclamó mirándola.

—Qué os importa? preguntó el impaciente mancebo.

—Me importa, contestó ella, porque adivino que debes amarla mucho, y que seria para ti un tormento horrible tener que separarte de ella.

—Separarme de ella! prorumpió violentamente Juan de Lille-Jourdain. Qué nos quiere esta muger? quién la ha dejado entrar en el castillo?

—Qué te quiero? añadió la tapada, advertirte de un peligro que os amenaza, del proyecto de separaros para siempre que ha concebido un implacable enemigo tuyo.

—No hay enemigos que puedan ofenderme detras de mis murallas, ni nadie en el mundo podrá causarme pavor mientras pueda manejar una espada; aun cuando fuese el conde de Fox, el de Armagnac, el mismo rey de Francia.

—Tu enemigo es una pobre muger y á pesar de tus muros y tu espada, tiene en sus manos una venganza terrible cual la de Dios.

Dijo estas palabras la desconocida, y se acercó á Eloisa. Juan de Lille-Jourdain desnudó su daga por un movimiento involuntario y se interpuso entre las dos. Casi al mismo tiempo se precipitó sobre él la tapada y sujetándole con una mano por la muñeca con rabia convulsiva, arrancóse con la otra el velo que la cubria, diciendo:

—Soy Diana Marrechi, á quien tú espulsaste villana y cobardemente de su casa, yerta de frio y medio desnuda, sin permitirla que aguardára á su amado. Soy Diana Marrechi á quien tú arrastraste una noche lluviosa y oscura entre tus sayones fuera de las puertas de la ciudad. Soy Diana Marrechi, cuyo padre ha muerto aprisionado y que en pago de tantas infamias, viene á contaminarte con la peste que la devora.

Eloisa lanzó un grito de horror á estas palabras.

—Eloisa de la Baume, añadió Diana, ven á abrazar si te atreves á Juan de Lille-Jourdain, tu desposado; yo te le presento. Y abalanzándose á él como una serpiente, le enlazó con sus brazos cubriéndole de besos mortíferos y dando horribles gritos. El caballero luchaba por desasirse y gritaba á su amada:

—Eloisa, Eloisa mia, no te acerques..... Huye, huye!

Los escuderos y criados que acudieron á las voces no osaban dar un paso hácia la muger inficionada. Juan terminó aquella espantosa lucha sepultando su daga en el seno de Diana.

La señora de Lille-Jourdain hizo voto durante la lucha de mandar fabricar una magnífica lámpara al bienaventurado S. Justo, si sacaba á su hijo con bien de aquel terrible trance. Hemos tenido ocasion de leer la donacion de seis soberbios viñedos hecha con este motivo en favor de aquella santa iglesia; y en ella hemos visto que el caballero se salvó en efecto por la intercesion del santo; no sin haber perdido sin embargo el uso de la mano izquierda que Diana le mordió en la lucha. A esta circunstancia es á la que deberá sin duda el nombre de Señor de la Mano-Muerta, con que es conocido en todas las historias que tratan de las guerras de los ingleses con los de Languedoc.

Poesía.

LA DESPEDIDA DEL CRUZADO.

Mira ya por la cima de aquel monte
riente con su trémulo arrebol,
ilumina el espléndido horizonte
la blanca aurora que precede al sol.
Oh! cuán hermoso y vivo y transparente
ese vago crepúsculo oriental
quiebra en las nubes su reflejo ardiente
tiñéndolas de gualda y de coral.
Quién lo dijera que tan triste dia
puro y tranquilo amaneciera así,
hoy, que burlando la esperanza mia
me fuerza el hado á separar de tí!
Mas me llama el deber: fuerza es que rompa
la dulce paz de mi tranquilo amor,
por el ronco sonido de la trompa,
por el grito de guerra atronador.
No vuelvas tu mirar turbio de enojos,
para ocultar tus lágrimas, no á fe,
que bien sé yo que el llanto de tus ojos
bálsamo siempre á mis dolores fue.
Adios, y si te debe por ventura
algun recuerdo mi constante amor,
no olvides que sin tí, sin tu hermosura,
tambien yo gimo con mortal dolor.
Acaso asi, en un punto, en una hora
nuestras lágrimas juntas correrán,
y esta sola ilusion consoladora
será el alivio de mi negro afan.

Y. O.

TEATRO DEL PRINCIPE.

Primera representacion de D. Alvaro de Luna (1), *drama original en* 5 *actos y en verso, de D. Antonio Gil y Zárate.*

Bien quisiéramos si lo permitiese la corta estension de nuestro periódico, hacer debidamente el analisis de esta obra dramática: habremos de contentarnos sin embargo con dar á nuestros lectores una leve idea de su mérito, que es muy superior en nuestro entender, al de todas las demas obras de su autor. Cierto es que su éxito, aunque brillante, no lo ha sido tanto como el de Carlos II, porque tampoco lo permitia el caracter de esta produccion, que como verdadero drama histórico y en cierto modo reducido al estrecho molde de las reglas, no ha prestado sin duda al Sr. Gil y Zárate tan vasto campo como aquel, para dar estension y libertad á su lozana fantasía. Pero por esta razon creemos mayor y mas merecido el triunfo del autor, considerando cuan poderosas dificultades ha tenido que vencer, para deleitar con solo las bellezas de la versificacion y con delicados ó sublimes pensamientos, á un público, sea dicho con perdon, viciado por tantos y tan espantosos melodramas como de Francia nos importa diariamente el mal gusto de nuestros traductores.

Corta y desnuda es la accion en D. Alvaro de Luna, si bien hay escenas episódicas que quisiéramos se suprimiesen por parecernos pegadizas, y porque contribuyen á hacer lánguido el drama, que de suyo tiene sobrada estension: hablamos del certamen literario del acto cuarto y la ceremonia de premiar al vencedor del torneo en el segundo escritas ambas sin duda con el solo objeto de hacer ostentacion de riqueza y gala poética.

Si manifestásemos todo lo que se nos alcanza á favor de esta produccion, acaso se nos tacharia de parciales: solo diremos que en cada escena, en cada pensamiento, revela el autor su profundo conocimiento del corazon humano, y sobre todo, la estudiosa conciencia con que sabe desenvolver los mas dificiles caracteres. El de D. Alvaro, admirablemente delineado, es una prueba de esta verdad.

Nos falta tiempo y espacio para hablar de la ejecucion... Diremos unicamente que los actores se han vestido con la posible propiedad y que las decoraciones no han sido enteramente agenas de la época, esceptuando una de jardin con sus columnas de orden corintio, que aun no hemos podido digerir.

G.

(1) Se halla de venta en las librerías de Escamilla y Cuesta.

TEATRO DEL PRINCIPE.

HOY 9

GRAN BAILE DE MASCARA

á las doce de la noche.=Precio 12 *rs.*

AVISO.

Con este número se reparte á nuestros suscritores la estampa litografiada que corresponde al presente mes. Suplicamos á los que noten alguna falta en la remision de números, estampas ó novelas, se sirvan advertirnoslo inmediatamente, para evitar por cuantos medios esten á nuestro alcance que se repita en lo sucesivo.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

calle de Segovia, n. 6.